

Los ecos, que, en fantástico conciento,  
Cambian sus notas rústicas con él.

Á veces suele armarse, y cabalgando  
El noble potro á su querer sumiso,  
Por la selva se interna de improviso  
Abandonando su mezquino hogar;  
Y veredas incógnitas trillando,  
Visita precipicios y torrentes,  
Cuyos arroyos túrbidos é hirvientes  
Se deleita en vencer y atravesar.

Alta es su frente, su ademán resuelto,  
Ancha su espalda, leve su cintura;  
Descúbrese en su elástica figura  
La agilidad robusta del león;  
Velan su rostro, en rizos de azabache,  
La escasa barba y luenga cabellera;  
Lanzan sus negros ojos la certera  
Y atrevida mirada del halcón.

Hicieron ya las armas su embeleso;  
Mas de su vida el misterioso hilo,  
Por qué le niegue la ciudad asilo,  
Nadie saber pretende ni inquirir.  
Ser generoso, el bárbaro le admira  
Y cuida con benévolo respeto,  
Que de su vida el misero secreto  
No llegue el vencedor á traslucir.

¡Precaución vana! La hora se aproxima  
De prueba para él : no hay paz ni calma

Cuando la espina del amor del alma  
No abandona á su víctima jamás.  
Él ha servido á su opresor, y al malo  
Ningún favor ni beneficio liga :  
Con más tesón que el mal, el bien castiga  
La ingratitud, porque le pesa más.

## CUADRO ÓCTAVO

### LA CARTA

Era la tarde. Pálido teñía  
La selva el sol con su postrera lumbre,  
Y con sentida y blanda pesadumbre  
Gorjeaba el ruiseñor su último adiós.  
La leve brisa apenas susurraba;  
Murmuraba tranquilo el arroyuelo;  
Y el puro azul del infinito cielo  
Presentaba un dosel digno de Dios.

Ya la tórtola amante y soñolienta  
El postrimer arrullo despedía,  
Y al arrullo, arrullando respondía  
El compañero oyéndola quejar.  
Cantó ya el toche el himno de la tarde;  
Blanda bajó la mirla al grato nido;  
Y despidióse el cóndor afligido  
Del sol que se hunde en el lejano mar.

¡Escuchad! ¡Una planta misteriosa  
Resuena de la selva en la espesura!  
¿Quién huella osado la montaña oscura  
Al despedirse el último arbol?  
Cuando, en el horizonte adormecido,  
Luenga dibuja la expirante sombra,  
Sobre la verde y esmaltada alfombra  
Lánguido y tibio el desteñido sol.

¿Quién turba el melancólico reposo  
De la desgracia? — De sorpresa herido,  
Deja escapar un tétrico bufido  
Sonoro y ronco el ágil alazán;  
Luego, trotando en torno, las orejas  
Perfila hacia adelante, y enarbola  
Tendida en pluma la poblada cola  
Al partir con atónito ademán.

Se inclina en tanto el solitario absorto  
Á la lumbre del rayo vespertino,  
Sobre un apolillado pergamino,  
En el umbral de su mezquino hogar.  
Vuelve al rumor insólito, ve un hombre  
Y oye decir: — ¡Gonzalo!... te lo ruego,  
¡Huye! — ¿Y porqué he de huir? — ¡Toma! Este  
Te va el secreto horrible á revelar. [pliego

— ¡Paz! — replica el ermita; el pliego toma,  
Y á la llama oscilante y mortecina  
De solitaria lámpara, se inclina,  
Ve el sello, y se estremece de terror.

¡Qué recuerdo fatal le sobrecoge!  
¡Y cuántos ¡ay! se agolpan repentinos,  
Vivos, abrasadores y continos,  
Cual lavas de volcán abrasador!

Su mano tiembla. El hombre generoso  
Que á buscar vino la infeliz morada,  
En él fija la atónita mirada  
Y parécele sueño lo que ve.  
— ¿Es éste — exclama — es éste, por ventura,  
Aquel Gonzalo de invencible lanza,  
De nuestras armas lustre y esperanza  
En los combates cuya gloria fué?

Mírame : soy el que salvaste en Pasto  
Cuando por Rumipamba sus campeones,  
Escortados de innúmeras legiones,  
Nos agobiaron en sangrienta lid.  
Yo soy aquel Hernán, Hernán, tu amigo.  
Yo sé, Gonzalo, tu infeliz historia,  
Y tengo corazón, tengo memoria,  
Y eso y la vida te lo debo á ti.

¿No te acuerdas de mí? ¿Di, ¿no recuerdas  
Que solo al enemigo te lanzaste,  
Y que mi cuerpo al bárbaro arrancaste,  
Dándome á mí la vida, el triunfo al Rey?  
¡Mírame aquí! Mi deuda pagar quiero,  
Vengo á seguir ó á mejorar tu suerte.  
Vida por vida doy, muerte por muerte :  
Gratitud y venganza, ésta es mi ley. —

Si — repone Gonzalo; — ya recuerdo  
 El día triste, la batalla fiera,  
 Pero el que cumple su deber, no espera  
 Ni se le debe gratitud. ¿Por qué?  
 Era yo el jefe y responsable solo :  
 Tú perdiste el caballo... ¡Oh! no te asombre  
 Que por primera vez sepa tu nombre,  
 Antes por él jamás te pregunté. —

— Pues soy Hernán : te debo la existencia.  
 Hora ¿puedes dudar que soy tu amigo?  
 ¡Ea! ya me conoces. ¡Ven conmigo,  
 Voy á ser tu guardián y tu sostén.  
 Allá está tu opresor, acá tu hermano;  
 Ven al campo de Alvar!

— ¡Fuera delito!  
 — No lo es que busque el infeliz proscrito  
 Vida y venganza... ¡Ven!

— No puedo. — ¡Oh ven!

— ¡Hernán! ¡Hernán! ¡y juzgas por ventura  
 Que cuando es perseguida la inocencia,  
 La venganza, la infamia y la violencia,  
 Se pueden oponer á la opresión!  
 ¡Soy español! Mi honor, mi Rey, mi Patria  
 Antes que todo. De escuchar me indigno  
 Tu idioma, Hernán. Á todo me resigno  
 Antes que descender á la traición.

¡Déjame! ¡Adiós! —

Hernán avergonzado  
 Deja la choza, y el ermita exclama :

— ¡Oh España! ¡España! ¿Dónde están tu fama,  
 Y de honor y lealtad tu gran caudal?  
 ¿Dónde están, cuando un hijo de tu suelo  
 Osa invitarme al crimen, porque piensa  
 Que para mi venganza y mi defensa  
 Aun la traición es justa y natural? —

Y los ojos en lágrimas bañados  
 Puso en la carta, y trémulo la vía;  
 Pero el sello á romper no se atrevía,  
 Cual si á la realidad tuviese horror.  
 Rómpele al fin, y lee, y ardiendo en ira  
 Repítese cien veces la lectura,  
 Y apura ciento el cáliz de amargura,  
 Que es un placer jugar con el dolor.

Hay un lujo en sufrir : es grato hartarse  
 De la angustia que punza y atormenta,  
 Y á cada nueva faz que nos presenta  
 Meditar más para mejor sentir :  
 El corazón convulso, en su despecho,  
 Renovando sus penas se embelesa,  
 Como la tigre, que al soltar la presa,  
 Sólo la suelta por volverla á herir.

« A GONZALO.

« ¡Huye!... Mi mano trémula, la pluma  
 No acierta á gobernar, y estremecida

Tiembla sobre el papel, cual ave herida  
Bajo la flecha aguda que la abrume.  
Nunca quise escribirte : hoy te escribiera  
Si el universo entero se opusiera.

» ¡Figúrate cuál es mi pesadumbre!  
Traidor una sentencia te proclama,  
Traidor todo el ejército te llama;  
Y antes que el sol el horizonte alumbre,  
Al sepulcro que te abre tu enemigo  
Bajará el nombre de traidor contigo.

» ¡Ay! Aquel bando infame y temerario  
Hace saltar mi corazón de enojo,  
Y al lado de la víctima me arrojo,  
Sin pensar en quién es el victimario...  
Y nada temo ya... de cualquier modo  
¡Vive!... con esta voz lo digo todo.

» Mientras pensé que muerto te creía  
Nuestro opresor cruel, yo respiraba  
Y, sin amarte, á solas envidiaba  
La montaña feliz que te escondía...  
Ojalá desde entonces hubieras muerto,  
Y hoy no te viera de baldón cubierto.

» No sé qué me sucede... Me parece  
Esta carta un delito, aunque no quiero  
Sino salvarte, y nada más espero...  
Tal vez estaré loca. Se estremece  
Todo mi cuerpo. Yo no sé qué siento.  
Amor... no puede ser, pero es tormento.

» Tu existencia es el mar donde termina  
De todos mis recuerdos la corriente :  
Yo soy el triste sauce, tú la fuente  
Que me refleja en su onda cristalina;  
Y yo te busco como busca el cauce,  
¡Ay! de su arroyo el solitario sauce.

» ¡Gonzalo! al contemplarte deshonrado  
Yo me olvido de todo y de mí misma;  
En ti me ser, á mi pesar, se abisma,  
Y en tu desdicha inmensa concentrado,  
Á ti solo te busca, sí, á ti solo :  
Yo soy como el imán; tú eres mi polo.

» ¡Ah! quizá las mujeres españolas  
Que el bautismo reciben en la cuna,  
Tendrán más fortaleza y más fortuna;  
Pero nosotras, bárbaras y solas,  
Sin auxilio en la infancia, no logramos  
Olvidar nunca al que una vez amamos.

» Te veo herido en sueños, y me inclino  
Á restañar la sangre de mi dueño,  
Y al compás de tu voz late en el sueño  
En convulsión mi seno femenino,  
Y me duermo por verte, sin pecado,  
Porque dormida sueño en lo pasado.

» Salvador de mi Carlos, nunca olvido  
Que arrancaste á mi hijo de la hoguera.  
¿Qué fuera yo sin ti? ¿Dónde estuviera

Sin ti, su redentor, mi hijo querido?  
 ¡Oh! ¿cómo ha de ser crimen escribirte,  
 Ni por el bien que hiciste bendecirte?

» Que me calumnie el mundo : no me importa.  
 Que dude tu opresor de mi inocencia :  
 Hay una voz secreta en mi conciencia  
 Que á agradecer y redimir me exhorta.  
 Un poder invisible en tu camino  
 Me arroja, y obedezco á mi destino.

» Antes me estremecía el pensamiento  
 De escribirte, Gonzalo; y hoy en suma  
 No tengo más consuelo que mi pluma;  
 Y aunque mil veces arrojlarla intento,  
 Es imposible. Mi existencia entera,  
 ¡Ay! derramar sobre el papel quisiera.

» Mas no pienses por eso que te quiero;  
 Si agradecida soy, no soy liviana;  
 Conozco lo que exige el ser cristiana,  
 Y ante mi dulce Redentor espero  
 Dejar el alma, de su mano hechura,  
 Sensible sí, pero inocente y pura.

» Hernán lleva esta carta, y yo me quedo  
 Lejos de ti, temblando por tu suerte.  
 Me cambiara por él, ¡que puede verte!  
 ¡Ay! pero apenas envidiarle puedo.  
 Sálvate, aunque Fernando me convenza  
 De haberte escrito... ¡Oh, sálvate!

PUBENZA. »

## CUADRO NONO

### EL CABALLO

Mientras Gonzalo la afflictiva carta  
 Con voz cortada y trémula leía,  
 Hernán abandonarle parecía  
 En el delirio de su acerbo afán.  
 Lee, y dejando atónito su albergue,  
 ¡Hernán! ¡Hernán! gritando, el monte atruena,  
 Mas sólo el eco, que le burla, suena  
 De lejos repitiendo : *Hernán! Hernán!*

¡Pubenza! iba á decir; mas la palabra  
 Muere en su labio, cual la pura gota  
 Que, entre la escarcha, del peñasco brota  
 Y se hiela al salir del manantial.  
 Se arma maquinalmente, y dando fuego  
 Á su cabaña misera y pajiza,  
 Goza en ver reducidas á ceniza  
 Trovas, historia y gloria terrenal.

Entonces por su mente trastornada  
 Cruza un desesperado pensamiento,  
 Y concibe frenético el intento  
 De morir y dar fin á su dolor.  
 ¡Yo traidor! dice; el eco le remeda;  
 ¡Traidor! el desdichado repetía;

¡Traidor! el monte á repetir volvía  
Entre sus rocas ásperas, — ¡Traidor!

Sintió dolor, sin obtener alivio;  
Ardió en rencor, sin pretender venganza;  
Lloró de amor, sin fe, sin esperanza;  
Llamó á su Dios, su Dios le desoyó.  
La gloria cortejó, le huyó la gloria;  
Al hombre condolió, y él le maldijo;  
Buscó un asilo entre la selva fijo,  
Y el eco de la selva le infamó.

Y ya gastada en la perpetua lucha,  
Desmaya al fin la humanidad vencida,  
Arrastrando en su rápida caída  
El alma que sucumbe á su pesar;  
El alma, por el polvo gobernada,  
Que se deja llevar lánguida y floja  
Cual por el huracán la seca hoja,  
Como el alga liviana por el mar.

— ¡Ven, mi alazán! — prorrumpe el desdichado;  
— Ven por la última vez, sírveme ahora,  
Y este cancro mortal que me devora  
Hunde conmigo en los infiernos ya.  
Tú eres mi único bien; yo nada tengo,  
Nada que me detenga aquí en el mundo,  
Y si contigo en los infiernos me hundo,  
Ningún pesar el alma llevará.

Ya es inútil luchar : es imposible  
Sufrir la ingrata, abrumadora carga

De esta existencia degradada, amarga,  
Que no puede á la infamia resistir.  
Ante el soplo del viento del delito  
Mi virtud como lámpara se apaga.  
Ya que sólo al delito el mundo halaga  
Huyamos de él ; dejemos de vivir.

La calumnia me asalta como Anteo.  
En vano con mis hechos la confundo;  
Al caer, nuevas fuerzas la da el mundo  
Y vuelve más pujante á aparecer.  
Adiós, ¡oh Patria! Por haberte amado  
He perdido mi honor, ¡estoy proscrito!  
Si; amarte demasiado es el delito  
Que me hace hasta la infamia merecer.

¡Todo cede á la astucia! El vulgo es eco  
Ciego como esa roca que me infama :  
Me oye llamar *traidor*, traidor me llama  
Y calumnia porque oye calumniar.  
Mi nombre está manchado sin remedio...  
Va á maldecirme España... Eso es la historia;  
Eso vale tu infamia, eso tu gloria;  
Esos tus fallos son, ¡Humanidad!

¡Ven, mi alazán! — Y rápido se arroja  
Sobre el corcel ; le aguija con fiereza,  
Y atraviesa veloz por la maleza,  
Desesperado y de la muerte en pos.  
Por sobre arbustos, zarzas, ramas, troncos,  
El caballo frenético se lanza.

En alas del temor y la esperanza  
Van corcel y jinete. ¡Adiós! ¡Adiós!

Salva el caballo á saltos los arroyos  
Llevando entre los dientes el bocado,  
Y, del rudo acicate atormentado,  
Va su escape aumentando sin cesar :  
La rienda tesa con entrambas manos  
Lleva el jinete ; la entreabierto boca  
Del fogoso animal los pechos toca,  
Y su hirviente nariz se oye tronar.

Hay en el corazón de la montaña  
Rauda torrente, que de breña en breña,  
De una sima á otra sima se despeña,  
Y como en un sepulcro va á correr.  
Ronco rodando, y turbulento siempre,  
Estrella sus hirvientes borbotones,  
Sobre enormes y negros pedrejones,  
Y conviértese en nieblas al caer.

Ante la masa de sus turbias ondas  
Que al abismo frenéticas descienden,  
Aquellas nieblas móviles extienden  
Un velo denso de flotante tul ;  
Y al través de sus pliegues misteriosos  
Vese relampaguear la catarata  
Cuando, en rápidas ráfagas, desata  
Y mece el viento el cortinaje azul.

Del hondo lecho al uno y otro lado  
Alzan dos rocas sus excelsas crestas,

Ocultando sus frentes contrapuestas  
De nubes tempestuosas al vapor :  
El águila imperial la cima alcanza,  
Y en sus cavernas lóbregas anida ;  
En el bajo peñasco halla acogida  
Para su prole, impávido el condor.

En la inferior región, el triste buho  
Cual visión vaga que la noche exhala,  
Leve despliega de fantasma el ala  
Y halla en las sombras lóbrego solaz.  
Y hacia el borde empinado de esa roca  
Que la profunda cavidad domina,  
El español frenético encamina  
Del noble potro la carrera audaz.

Álzase entre la selva estéril risco  
Desprovisto de arbustos y de grama,  
Do, por senda torcida, se derrama  
La arena, y forma vasto caracol.  
Por allí va Gonzalo, y con esfuerzo  
Súbito al potro en la pendiente para,  
Y cual si un enemigo divisara  
Lleva la diestra al sable el español.

Al rayo de la luna que dibuja  
Su luenga sombra en la pardusca roca,  
Vese mover su convulsiva boca,  
Y su faz cadavérica vibrar.  
Mas luego con desdén suelta el acero,  
Al estrellado firmamento mira,

Y con la mano trémula de ira  
 Á los cielos parece amenazar.

¡Qué tentación sacrilega le asalta!  
 ¡Cuántos días se apiñan de amargura!  
 ¡Cuánta ponzoña en ese instante apura!  
 ¡Cuántos se juntan años de aflicción!  
 La venganza tal vez vino á llamarle,  
 Al ver su honor á la merced de un hombre,  
 ¡Ay! y al sentir caer sobre su nombre  
 Infamia eterna, eterna maldición.

Ó algún genio satánico, evocando  
 Sus pasados recuerdos y tormentos,  
 Dió formas y sarcásticos acentos  
 Á los delirios hondos del amor,  
 Y hablaba el infeliz, y con la diestra  
 Algo de sus oídos sacudía,  
 Y, golpeándose el hombro, pretendía  
 Desechar algún peso abrumador.

— ¡Sal — decía — fantasma de mis ojos!  
 ¡Dejad, fieros sonidos, mis oídos!...  
 ¡Ah! pero ese fantasma, esos sonidos  
 No me pueden dejar : los llevo aquí;  
 Aquí, en la frente, en una venda estrecha  
 Está todo eso, y más, y más escrito,  
 Y es de fuego la venda; y ni el delito  
 ¡Oh! ni el delito quema tanto así.

La sonrisa en tu rostro, Benalcázar,  
 Del orgullo triunfante se eterniza...

¡Ay! ¡ cómo punza! ¡ y cómo martiriza!  
 ¡ Mata! ¡ y deja por Dios de sonreír!...  
 ¡ No hables así, Fernando!... ¡ calla! ¡ calla!...  
 ¡ No!... no era él; pero ese fué el sonido :  
 Se ha quedado zumbándome al oído  
 El eco que se goza en repetir.

Y este eco de tormento me persigue,  
 Sobre mis hombros siéntase burlando,  
 Y está aquí, eterno, eterno, remedando  
 La voz de mi sacrilego opresor.  
 Pubenza iba á ser tuya, pero *es mía*,  
 Dijo el eco satánico, y ahora  
 Me grita con su voz atronadora :  
 ¡ *Traidor!* siempre, ¡ *traidor!* ¡ *traidor!* ¡ *traidor!*

¡ Ah! ¿ dónde estás, tirano infame, dónde?  
 ¡ Allí, *con ella!*... Entre mis duros brazos  
 El corazón te romperé en pedazos,  
 Y arderé tu sacrilega ciudad...  
 ¡ Venganza!... ¡ No! que España es inocente;  
 Y si el poder del Rey acá no alcanza...  
 Es por eso mayor su confianza  
 Y mayor debe ser mi lealtad. —

Dice, y como sintiendo la demora  
 Y delirante, al alazán anima,  
 Que, rápido partiendo, por la cima  
 Despeña los guijarros de tropel;  
 Y de arena entre el pardo remolino  
 Á saltos y acezando el risco escala,



Y cual visión que ante la luz se exhala,  
Dobra la senda, y piérdese con él...

Mas ¡vedle allí! que ya otra vez asoma  
Dominando el altísimo peñasco.  
¡Oh! ¡cuál relumbra el argentado casco  
Sobre el manto de negro vellorí!  
¡Adiós! ¡adiós! que rápido galopa,  
El corcel empujando hacia el abismo!  
¡Adiós! ¡adiós! que en un instante mismo  
Muerte y alivio va á buscar allí.

Ya llega al precipicio, ya en la orilla  
Contempla ufano el vórtice profundo  
De la sima espantosa, do iracundo  
Hierve el torrente en turbio borbotón.  
— ¡Á morir! — grita en éxtasis demente;  
Pero ante el borde, que á su peso cede,  
El caballo espantado retrocede  
Sordo á la brida, sordo al aguijón :

Saltado el ojo, eriza la melena,  
La espesa cola encoge zozobrado;  
Tiembla de pies y manos azogado;  
Bufa poniendo en arco la cerviz :  
La inquieta oreja hacia el peligro vuelta,  
Y el ancho pecho cándido de espuma,  
Brotó de fuego una radiante pluma  
De la convulsa, anchísima nariz.

Las ijadas rasgándole á espolazos,  
— ¡Oh! mil veces cobarde y maldecido —

Exclama el castellano enfurecido :  
— ¡Quieras ó no, conmigo morirás! —  
Y al acero llevando la impia diestra  
Va á desnudarle, el alazán lo siente,  
Y partiendo al sonido, de repente  
Salta á derecha, á izquierda, al frente, atrás.

Ya en el pie sostenido, ya en la mano,  
En corcovos listisimos se mueve;  
No hay posición que rápido no pruebe;  
Siempre en el aire estremecido va :  
Contra la roca, el pedrejón, el tronco,  
Se azota, y se alza, y clávase, y palpita,  
Y bufa ronco, y la cerviz agita;  
Mas siempre á plomo el castellano está.

En la izquierda la rienda, en el estribo  
Firme la planta, amargo sonreía,  
Y con la diestra la cerviz le heria  
Despreciando su vano frenesí...  
Mas ¡ay! la planta en una grieta oscura  
Hunde el caballo, y se desploma, y rueda,  
Y herido, opreso, ensangrentado queda  
Bajo su peso, el caballero allí.

Rueda por largo trecho enmarañado  
Entre el arzón y estribo maldiciendo;  
Sordo retumba el monte al bronco estruendo  
Y húndese el mundo en sepulcral pavor.  
Las alas leves el silencio extiende,  
Sobre él descende á guisa de fantasma,

Y acento, aliento y pensamiento pasma,  
Ahogando entre la síncope el dolor.

¡Hele allí, bajo el manto de la noche!  
¡Entre el ser y la nada suspendido!  
¡Sin el corcel, que en libertad ha huido!  
¡Con vida! ¡no ha podido ni morir!  
¡Sin orgullo! ¡que el alma está marchita!  
¡Sin descanso! en desmayo solamente,  
Que no descansa quien dolor no siente,  
Sin morir, sin pensar, y sin vivir.

## CUADRO DÉCIMO

### LA VISIÓN

Entre diáfanas nubes columpiada  
La luna solitaria, reverbera,  
Como la blanca virgen prisionera  
Al través de la reja del harén.  
Los juguetones céfiros süaves,  
La cubren luego con flotante velo  
De móvil gasa, que el cristal del cielo  
Va empañando con trémulo vaivén.

Desparece su disco lentamente  
Entre nieblas sin formas ni colores,

Y muertos sus postreros resplandores  
Se condensa doquier la oscuridad.  
Ya de luz vaga entre las turbias olas  
El hondo espacio apenas se columbra,  
Cual tras del tiempo el corazón vislumbra,  
Sin principio, sin fin, la eternidad.

Y ora las nubes, que amontona el cierzo,  
De aquí, de allí, se buscan y se hallan,  
Se apiñan, se condensan, y amurallan  
Negras, cielos y tierra en derredor.  
Recoge entre sus alas tenebrosas  
La noche al mundo; crujen con estruendo  
En el monte los árboles, cediendo  
Al ímpetu del viento zumbador.

Y reina luego la presaga calma  
Que asume la tormenta pavorosa  
Cuando en quietud solemne se reposa,  
Cual queriendo sus iras concentrar.  
Y el aterrado mundo aguarda el rayo,  
Como, en silencio, el botafuego ardiente,  
Aguardan el combate, frente a frente,  
Dos escuadras tendidas sobre el mar.

En el breve paréntesi, aun la brisa  
Quieta y suspensa entre las hojas calla;  
Pero parte el relámpago, y estalla  
El trueno, y zumba el huracán del sur :  
Tierra, aire y cielo abarca en su carrera;  
El cóndor se horripila en su peñasco;